

NICOLÁS LARA

Apenas tengo dientes en la boca



Edición: Javier L. Mora
© Logotipo de la editorial: Umberto Peña
© Ilustración de cubierta: *S/T*, de Nicolás Lara. Dibujo, 2010

© Herederos de Nicolás Lara, 2024
Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2024

www.editorialcasavacia.com

casavacia16@gmail.com

Richmond, Virginia

Impreso en USA

ISBN: 9798883812742

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

Rubia, hermosa como una perla, parlanchina, alegre como una locutora del querer, amiga de Octavio Paz, vecina y propietaria en las lomas inmortales, gran conocedora del arte, otra vez bella, alianza posible del rayo y la tierra húmeda, pasaporte mexicano, cubana por

los cuatro costados, tiene en la memoria a un general presidente. Es Nina Menocal.

Nina Menocal ha llegado a La Habana, anunciada por los dioses de la leyenda azteca, a encontrarse con los dioses yorubas, alianza posible del rayo y la tierra húmeda, del coco seco y su agua refrescante, el plátano, la antesala de una comida deliciosa y olvidada, la gandinga: hígado, riñones, corazón, sazonados maravillosamente. Si no hay gandinga, debe haber quimbombó,

*quimbombó que resbala
pa' la yuca seca
con camaroncitos secos
y carne de jutía.*

Es Nina Menocal. Unos dicen que es nieta o biznieta del presidente, aquel hombre pequeño que ganó grados de general, uno de los jefes del Partido Conservador, guerreando contra sus archienemigos los liberales. Hay quien lo recuerda en La Habana después de su presidencia, en un entierro, y que la gente se le acercaba, hombres altos de estatura, pero más pequeños que él en historia y moral, y le hablaban con respeto. El general Menocal, Mayoral de Chaparra. Aún recuerdo que, de niño, salían aquellas comparsas que cantaban eso que la gente identificaba con Menocal:

*Tumba la caña,
anda ligero,
mira que ahí viene el mayoral
sonando el cuero.*

Pero Nina Menocal no tiene ningún cuero o látigo: tiene belleza. Una belleza tranquila, antropológica, abstracta. Es un nuevo discurso, el mirar del otro, un metapapalote o una metachiringa o un metacoronel: algo que vuela en manos de los niños. Parece nacida de una ostra. Tal vez, de haber nacido en el siglo pasado, hubiera sido motivo para provocar una guerra civil en México. Cuántos generales hubieran peleado solo por tocar una de sus plumas: es bella como un pavo real, un cisne, un animal de otro planeta o de otra dimensión. Pero la mujer de carne y hueso se ríe de los elogios que le hacen jóvenes pintores en

el salón de actos del Fondo Cubano de Bienes Culturales, donde Aldo Menéndez y Nisia Agüero, la directora del sitio, nos han convocado.

Todo está en el asunto de la gran estampida: el poder quiere salir de artistas conflictivos: la gente de Artecalle, la gente del grupo Imán, los pintores exquisitos. Quieren quedarse solo con Zaida del Río, con Nelson Domínguez, con Fabelo, con la gente del Taller de Grabado del Callejón del Chorro, gente detenida en el tiempo que son solo artesanos sin imaginación, como Sosabravo, como los imitadores de Carmelo y de Portocarrero, gente gris que ni pincha ni corta y solo dicen: *Yes, Sí, mi general, Sí, mi secretario*, que quieren salir de todo lo que pueda dar dolor, que se contemplan sosegados, a resguardo, mientras no digan nada que los acuse. Y quieren tender un puente de plata: México es el lugar anunciado por los dioses, y Nina pudiera ser uno de esos puentes.

Nina quiere una gran exposición con un catálogo editado en Italia, una exposición de cubanos de las dos orillas. *Una sola Cuba, pero dos geografías*. Al principio parece que todo va a caminar, y me doy golpes en el pecho porque he sido preseleccionado en la primera lista. Nos reunimos en casa de la pintora y antigua esposa de Aldo Menéndez, Nélica López. Aldito, el grabador Ricardo Silveira, José Luis, el Exquisito. Habló con nosotros, hizo chistes. Habló de Gorbachov, de un imitador famoso que en Nueva York se hace pasar por Gorbachov y hace reír a los ricos. Fue una hora y pensé que había sido un segundo... ¿Será esa mujer el amor que va a llegar a mi playa? ¿Dejaré por ella el celibato? Pienso que no, que por esa mujer yo nunca podría dejar... Al contrario: hay que detener la dosis de celibato porque esa mujer es una diosa, es una diosa, es una diosa, y me gustaría ser su esclavo, su mercenario, su asesino. Tener el talento de un mago de circo y sacar animalitos de la chistera, monedas del aire, flores de las piedras y ser su bufón, y contarle fábulas y ser su confidente. Pero hay una distancia: le gusta mi pintura y me sonrío, pero sonrío con la sonrisa de esas empleadas de supermercado, con la sonrisa de una aeromoza.

*Mira que viene el mayoral
sonando el cuero.*

¡Y por poco le dan cuero! Salió a caminar, ingenua, paró un taxi y se fue al Vedado o a Miramar, a una casa que había pertenecido a

su familia y que ahora era una embajada o una dependencia de esos organismos que se mueven en las sombras. Se apeó, sacó una cámara de su gran bolso. Parecía lo que es, es decir, una cubana: su bolso era muy grande. Sacó una Leika y una botella de agua. En Cuba el calor es terrible, se suda mucho y ella venía de la región más transparente. Quería llevarse a la región más transparente una foto de su antigua casa de su familia, y se puso a tirar fotos como haría en la Plaza de San Marcos en Venecia, al costado del Arco del Triunfo en París, cerca de la tumba de Lenin en Moscú o viendo los leones del Banco Británico en Shanghái. Pero no estaba ni en Shanghái, ni en Moscú, ni en París, ni en Venecia: estaba en la isla en la que había nacido y de la que había salido, casi una niña, para irse a crecer en México, la ciudad anunciada por los dioses, y casarse con un millonario que la llenó de diamantes de la cabeza a los pies. Tiró fotos y fotos y fotos. Se acercó más, buscó otro ángulo y, de pronto, sonó a sus espaldas el cuero del mayoral: un carro con hombres de uniforme o guayaberas y gafas oscuras.

—¿Quién es usted para sacar fotos aquí? ¡Deme la cámara!

—Mire...

—¡Deme acá la cámara!

Y no esperó a que ella les entregara la cámara, sino que se la arrancó de las manos y, acto seguido, el individuo metió la cámara en...

—Oiga, ¿usted sabe quién soy?

—Me importa un pito quién es usted. Nosotros sí sabemos quiénes somos nosotros.

Se metieron las manos al bolsillo y sacaron el boniato, el carné, con letra y número: G-2, y arriba: *Ministerio del Interior*, y debajo: *Seguridad del Estado*.

—Monte aquí.

—Es que...

—Que monte aquí, no nos haga perder tiempo.

Y entonces fue de paseo en un carro sin chapa hasta La Víbora, hasta el antiguo colegio de Villa Marista, otra reliquia arquitectónica que ahora era la sede central de la Seguridad del Estado. Allí la tuvieron durante horas en un saloncito. Le habían quitado todas sus pertenencias: el bolso, las cintas, el reloj, unas dormilonas de oro, las cadenas. La tuvieron un buen rato.

—¿Usted es Nina Menocal? Venga.

Tenían sus cosas encima de una mesa, incluso la cámara. Se las devolvieron. Le hicieron firmar un documento.

—Fue un lamentable error. Disculpe.

Solo que había un pequeño detalle: la cámara no tenía rollo.

—¿Y el rollo?

—Tuvimos que abrirlo y se veló. Disculpenos, pero usted estaba tirando fotos en un lugar de máxima seguridad. Ya averiguamos quién es usted, llamamos al Ministerio de Cultura. Le pedimos excusas. La llevaremos en un automóvil hasta el lugar en que esté residiendo, pero, piense, usted que vive en México, un país amigo, sabe los problemas que tenemos: a diario nuestros enemigos mandan espías de todo tipo disfrazados de monjas, de publicistas, de médicos, de veterinarios, de astronautas, de artistas de cine, hasta de supuestos revolucionarios que vienen a espiar, y hay que estar atentos. Preferimos cometer errores: tal vez los muchachos le hablaron un poco grueso, tal vez le arrebataron la cámara, volvemos a pedirle disculpas. Pero si dejamos de actuar, nos golpean, y esta oportunidad de bienestar que tiene el pueblo de Cuba no se puede perder. Si leyó las memorias de su abuelo, ya sabrá que cuando hay guerra, hay que actuar y, a veces, hay que ser duros.

Nina no dijo nada. Recogió sus pertenencias y salió. Afuera había un auto esperando.

—¿Es obligatorio que vaya en el automóvil?

—No, no, no, pero...

—No se preocupe: me valgo de mis propios medios.

Bajó a pie hasta un parque de aparatos infantiles. Entró en una cafetería. Alguien se le acercó.

—¿Qué le pasa señora? ¿Tiene algún problema? ¿Está buscando alguna dirección?

—Estoy buscando un taxi que me deje en el hotel Habana Libre.

—Eso está resuelto.

Era un hombre bonachón.

—La puedo llevar, si usted quiere.

—Quiero un taxi.

El taxi apareció, montó y se fue.

Esta es la versión de muchos. Tal vez no fue así exactamente, tal vez no estuvo presa en Villa Marista. Pero el incidente sí ocurrió: a partir de ese momento, a los mismos que habían auspiciado aquel encuentro en el Fondo Cubano de Bienes Culturales no se les podía mencionar el nombre de Nina. Ella no dijo nada del incidente. Salió

del país, dejó algunas cartas de invitación y fue una de las vías por las que empezaron a salir cubanos hacia México.

Uno de los que salió y regresó fue el maestro José Bedia, hasta que al final se quedó allá. Fue sacando sus pertenencias paulatinamente: su esposa, su niño, todos sus libros. Aún recuerdo a Bedia: imprimió muchas cosas en el taller. Incluso ilustró unos poemas verdaderamente muy buenos de Orlando Hernández sobre el tatuaje. Orlando es un excelente poeta y, junto a Bedia, hizo un trabajo realmente exquisito que será dentro de poco un objeto de culto. Bedia era flaco, de ojos azules. Daba la impresión de que siempre estaba enmariguanao, lo que no era así. Una vez vio un trabajo mío y me dijo:

—Niko, tienes buena onda, pero no me gusta una cosa.

—Dígame, doctor Bedia.

—Usa poco color... ¿Por qué usas tanto? Poco, poco, lo menos posible, lo elemental. Dos o tres colores y de ahí no pases. Esas figuras tuyas ganarían mucho más.

He pensado en eso y sigo pensándolo, pero todavía uso mucho color. Me encanta el color.

Bueno...

Bedia había estado en Angola, según nos contó un día en el taller. Nos reunimos a oírlo. Fueron el poeta Larrea y él, por algo de la Juventud. Una actividad cultural. Estando en Luanda, después de unas cuantas conferencias y exposiciones, quisieron vivir la experiencia del soldado. Bedia le molestaba a mucha gente por su físico. Lanzaron una campaña en su contra: que si era maricón, que si era aquello, que si pintaba indios norteamericanos y no era un patriota. Una importante cantidad de estupideces. Picado por eso o por su afán antropológico de conocer culturas, de ver cómo era el hombre en otras estadias, se metió en un convoy que iba de norte a sur, una de las cosas más peligrosas para el ejército cubano.

El sur era un territorio prácticamente de nadie. O más bien era el territorio donde se movían las guerrillas anticomunistas de Jonas Savimbi. El convoy era un grupo de camiones que llevaban comida, armas, medicinas, tropas para reforzar o relevar a otras. La leyenda que se transmitía de boca en boca y así llegaba a Cuba era que, si salían en convoy o caravana, por ejemplo, veinte camiones, solo llegaban quince; a veces, cinco. Había muchas bajas. En Angola todos los cubanos tenían que estar vestidos de verde olivo. Larrea y Bedia iban armados

hasta los dientes, como el resto de la tropa. Larrea, un jodedor clásico, iba todo el tiempo haciendo cuentos, pero Bedia estaba obsesionado con conseguir flechas, lanzas, sacarle fotos a la gente del país al natural, es decir, no contaminadas por lo occidental, por la llamada civilización, y cambiaba su ración y otras cosas por flechas y objetos. Esa afición de Bedia corrió por el convoy: cada vez que se detenían, había siempre cuatro o cinco que le conseguían flechas, lanzas, collares, amuletos. Muchos eran solidarios con él: cuando no tenía qué dar a cambio, ni una lata de carne rusa o de sardinas, o tabacos o cigarros, los naturales de la zona le daban los objetos gratis. Le cogían cariño.

Bedia contó que, casi llegando al destino, en un sitio en el que había un grupo de nativos semidesnudos, acercaron los camiones para vender o cambiar cosas, alimentos. Había una negrita muy bonita de trece o catorce años, ya desarrollada. Bedia le compró o le cambió no sé qué y, de pronto, la negra se metió con la cesta de lo que quería negociar en un camión, y Bedia observó, al acercarse, cómo los pies de la negrita se levantaban así, blup, en el aire, blup, y desaparecían. Bedia tenía cierta maldad operativa: aunque a veces vivía en el limbo, se había criado entre becas, y corrió al camión. Cinco tipos tenían a la negra tirada, le levantaban la saya y le abrían las piernas. La negra se movía y se defendía a como pudiese como gata bocarriba, pero era imposible que pudiera defenderse mucho tiempo.

—¡Parece mentira! ¡Están actuando igual que los blancos portugueses colonialistas, igual que la gente de Savimbi! ¡Coño!

Aquello los detuvo.

—Ah, este es el loco que recoge flechas. Chico, vete al carajo, ve a recoger flechas por ahí. Ve a ver si te encuentras un rabo de un negro de esos en cueros y te metes la flecha del negro en la boca, que eso es lo que te hace falta. Lo que te hace falta es el rabo de un negro de esos en la boca, blanquito comemierda, mariguanero, mira los ojos gachos esos... Mira, ojo gacho, déjanos aquí a nosotros. ¡Y cuidado no vayas a irte de lengua porque te la cortamos!

Pero Bedia no se acobardó.

—Alguno de ustedes tiene hermana seguramente... ¿Es lo que han venido a hacer aquí, justo lo que no quieren que les hagan a sus hermanas? ¿Les gustaría que le hicieran esto a sus hijas, a sus madres...?

Se miraron entre ellos. La negrita, al ver que la habían soltado, dio un brinco y, sin dejar la canasta, salió del camión y corrió. Los tipos se miraban avergonzados unos a otros. Luego al piso.

—Y ahora, ¿qué vas a hacer? ¿Nos vas a delatar con el político, con algún oficial?

—No, yo soy un hombre, aunque recoja flechas y pinte, soy un hombre, tan hombre como cualquiera de ustedes. Me gustan las mujeres tanto como a cualquiera de ustedes, pero eso que iban a hacer es tremenda mierda, una tremendísima mierda. Si no hay mujeres, bótense una paja, bótense una paja, pero no hagan eso, cabrones.

El convoy siguió. Cuenta Bedia que, cuando llegaron al final, antes de que se fueran aquellos individuos del camión que quisieron violar a la negrita, se le presentaron con una gran cantidad de lanzas, flechas y collares.

—Hermano blanco —así le dijeron blancos y negros—, esto es para usted.

Lo abrazaron.

—Estuvimos a punto de fallar... Usted nos dio una galleta sin manos, amigo.

—Te has ganado a esos bravos, a esos kamikazes —le decía el poeta Ramoncito Larrea—. ¿Por qué te regalaron todo eso?

—Aaaaaahhhhhh, no preguntes tanto... En boca cerrada no entran moscas.

—Está bien, está bien, si tienen su secreto es problema de ustedes. Estoy loco por rajar para La Habana y después bajar la poma y después Habanekue Street, Habanekue Street, mi amigo Bedia, para ver la cara que ponen los salvajes allá. Viniste por una vía y yo por otra. Yo vine vía Praga. Me pusieron una cola detrás.

—¿Una cola?

—Sí, pensaban que me iba a quedar en Gander, la escala antes de Praga. Había letra conmigo: hago ese programa, digo millones de cosas, y ¿sabes quién se quedó? Un tipazo de la Juventud, un chivatón, uno de los que me vigilaba fue quien se quedó. Ahora, cuando vire con mi diploma y mi medalla y mis fotos aquí, en la caravana del sur, rodeado de todos esos negrones de tribus, lanza en mano, machetes, les voy a decir *Vaya, no me quedé y fui a Angola y cumplí. Mírenme aquí, con mi AK-47 de asalto. Espero que algunos de ustedes hagan lo mismo: vayan a cagar allá, al lado de las serpientes, de las tres pasos.*

*Cuidao con la culebra,
que muerde lo pié,*

*si me muerde lo pié
voa tenerla que matá.*

*Si me muerde lo pié
voa tenerla que matá.*

*Oyé, oyé,
ven pacá.*

¿Era un reptil? ¿Una culebra? ¿Una tres pasos? ¿La habría traído Bedia de Angola, o Ramoncito Fernández Larrea? Solo sé que ese monstruo invisible fue mordiendo a todos mis amigos, a mi generación, y no hubo tiempo de pisarle los pies... ¿Existían las generaciones? ¿Creía yo en generaciones? ¿Formaba parte de alguna? Los alditos, padre e hijo, Vizcaíno, Carlos Quintana, Segundo Planes, Glexis Novoa, Carlos Cárdenas, Nilo, Ana Albertina, todos se fueron yendo. Alejandro Valdés Lorenzo, Aleval, todos se fueron yendo. No solo el taller se volvió plomo sino toda la ciudad: apenas quedaban dos o tres sobrevivientes como Fabio, el poeta florero de La Víbora, el negro Fowler, Virgen María, Wendy, Teresa, Teresa Melo, inmortal. Pero eran pocos y no todos eran de mi núcleo. Tenía los nervios a punto del destroz: necesitaba un descanso, necesitaba dormir, necesitaba pensar qué iba a hacer.

Alguien leyó mi mente: Dios, Olofi, Orula... En el taller dieron un mes de vacaciones. Había problemas con los materiales. No había cogido vacaciones desde que empecé a trabajar allí. El taller cerró y me dediqué a descansar. Asistí aún dos o tres días más para terminar una serigrafía en la que trabajaba, y una vez concluida me encerré en casa a dormir horas y horas. Dormía y no salía a ningún lugar.

Solo salí un día en que me llamó Rogelio Fabio Hurtado para leerme un excelente poema en el que describía sus vivencias en el preuniversitario Varona, de La Víbora. Estaba gordo, el pelo largo, tenía en la cabeza, diría Gardel, hilos de plata. Sus espejuelos, por suerte, los tenía puestos: cuando Rogelio se quita los espejuelos su mirada es muy extraña, muy agresiva, produce miedo. Nos sentamos en el portal de su casa a ver pasar las guaguas, no muchas, automóviles viejos y destartados, tampoco muchos. Ese día no había ido a vender flores y me tenía, decía, una sorpresa. La sorpresa era que un pariente lejano suyo estaba administrando el Café Colón a unos metros de su

casa. Y en el Café Colón, a las doce del día, vendían almuerzo, y por la tarde, tragos. Pero ese día había cerveza. Según Rogelio, nos tocarían *Seis cervecitas por cabeza, seis cervecitas*. Botellas sin etiqueta, nuestro sake posible, nuestra escalera al delirio. Realmente no tenía mucho interés en tomar cerveza, o fumar, pero a Rogelio no le podía decir que no. Era uno de mis íconos, me había ayudado mucho en el campo de la poesía, aunque hubiésemos estado una vez a punto de golpear-nos. Cuando Rogelio se volvió loco la cogió conmigo, tal vez porque la cogió con sus seres queridos, con el papá... La locura le dio por eso y por otras cosas. Pero eso era una página que había quedado muy atrás y manteníamos una buena relación, aunque Rogelio me miraba a veces con cierta desconfianza: eso de que me había convertido, de la noche a la mañana, pensaba él, en un pintor, igual que otros, y el que mis obras hubiesen andado por varios países, que había tenidos expos, que trabajaba en el taller... Aunque sabía bien cómo llegue al taller, y que en la primera etapa era un friegapantallas, eso le creaba, al parecer, cierta suspicacia. Pero eran fogonazos, destellos: después volvía a ser afable. Me contaba cosas, a veces cosas terribles que ni siquiera quería tener en mi mente por miedo a que los dioses negativos leyeran mi cabeza y alguien se buscara un problema.

Fue un día de hablar de poesía, de evocar a los amigos. Al Chino San-Fan-Kong, a Espino, a Delma, ahora casada con un pariente de un músico, un pianista que, a su vez, está casado con una sobrina de Armando Hart que trabajaba en el taller. Chismear, hablar sobre flores... Me contó que había encontrado la iluminación vendiendo flores, que se sentía tan cómodo vendiendo flores, casi tanto como escribiendo poemas. Que la única herida grave que tenía en su pecho era la ausencia del hijo, su único hijo. Se fue con la madre cuando el Mariel con su autorización: la madre del niño y él se habían separado hacía tiempo. Recibió varias invitaciones para ir a los Estados Unidos: las autoridades cubanas le daban el permiso, pero en la embajada americana le negaban la visa. Una vez, por una cosa, otra vez por otra. Pero Rogelio era muy persistente: tenía una paciencia de acero. Logró aprovechar todos los resquicios de la realidad: ganaba buen dinero vendiendo flores. Cierito que caminaba, desde horas muy tempranas, toda La Víbora, expuesto a veces a que lo asaltaran. Pero Rogelio era un santo: la gente veía en él al gordo de bigotes que, a la legua, se nota que es una especie de maestro, de profesor universitario retirado

antes de tiempo, mucho antes, un hombre del que se adivinaba que había tenido una desgracia con el sistema, es decir, con el gobierno. La gente se volvía solidaria frente a él: los mismos que querían asaltarlo, al final, lo invitaban a tomarse un trago de aguardiente.

Rogelio tenía una serie de aventuras: localizaba una muchacha, alguna mujer frustrada por no haber entrado a un convento, o porque la familia la abandonó cuando el Mariel, o porque el novio se fue en un bote y se ahogó y sirvió de desayuno para tiburones. Se había casado hacía tiempo con una mujer callada que no hacía alarde de nada: su único alarde era el de la fidelidad a Rogelito. Era secretaria administrativa de una escuela. Mulata, bonachona. Rogelio la quería mucho. En ella encontró una perla. Felina. Nunca supe si le caía bien o mal porque prácticamente no hablaba, pero me atendía con mucha cortesía.

Entre los nombres que evocamos hablamos de un poeta holguinero que había estudiado en la Unión Soviética para traductor militar, y en un campamento militar, en las afueras de Moscú, encontró su verdadera vocación sexual: allí, en ese cuartel, tuvo su primera relación homosexual. La segunda vez que se entregó al amor griego fue descubierto por la oficialidad y lo regresaron para Cuba envuelto en llamas: su compañía era el hijo de un alto dignatario de la nomenclatura soviética. Para salvar al muchacho soviético, todo debía quedar en la sospecha y, como fueron sospechas, donde debieron poner homosexual pusieron que era fino, amanerado. Consiguió un trabajo en la Academia de Ciencias como traductor, y se destacaría después como poeta. Delfín Tiburón.

Hacía tiempo no lo veía. Rogelito me hizo cuentos: conocía muy bien Holguín, había tenido una novia holguinera. A Holguín lo conocía de pasada, y los holguineros que conocía eran casi todos pintores: Silveira, René Francisco...

Llegó la hora de comer.

—Eres mi invitado, Niko.

—¡Tengo dinero aquí, traigo mi paga, mis billetes! Tengo incluso, guillaíto ahí, unos cuantos fulas en un... lugar secreto.

—¡No, no! ¡No andes con eso en la calle muchacho! Te puedes buscar un lío... El otro día, a una pobre mujer a la que vendía flores, la familia le envió cinco dólares en un sobre. Parece que alguien la vio o quiso comprar algo: se le colaron los del DTI y le hicieron tremendo

registro para encontrarle los cinco dólares. Le pusieron una multa, y la advertencia de que, si en otra oportunidad le ocupaban algo, ya tú sabes: directo al Nuevo Amanecer. Y eso que es una vieja que tiene cerca de setenta años...

—Esto está del carajo.

El pariente de Rogelio nos hizo una seña. Entramos, y nos llevó a una mesita estratégica, detrás de unas columnas.

—Les recomiendo el rabo encendió.

—¡Rabo encendió!

—Rabo encendió.

—¿Tiene mucho picante? ¡Dios mío, las hemorroides!

—No, no, no te preocupes. El picante es a gusto del cliente.

—Al mío no le echés demasiado.

Nos trajeron dos lomas de arroz blanco, muy desgranadito, y una fuente con el rabo, servilletas: esa comida hay que tomarla prácticamente con las manos.

—¿Alguna viandita?

—Pero esto está, Rogelio, pe-pe-pero este lugar es...

—Te va a costar. Le dije al primo que tú eras pintor. Hazle un cuadrito abstracto.

—En cuanto lo tenga se lo traigo.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Que no sean cosas locas: a un amigo, administrador en una pizzería del Vedado, unos ahí le pusieron unos cuadros. Se armó un lío: la mujer de no sé qué ministro se molestó y dijo que eran una indecencia. El caso es que a mi amigo lo tiraron para la agricultura, y no quiero que me manden para la agricultura.

—No te preocupes. Lo que va a venir aquí lo puede ver desde el papa hasta el general Antonio Maceo si resucitara. Incluso Fidel...

El administrador me pasa el brazo por arriba y me dice, bajito:

—Ese nombre no lo mencione aquí para nada, mi amigo, ¿eh? ¡Para nada! ¡Para nada!

Rogelito ríe. Nos traen la cerveza congelada, aaaaaahhhhhh, congeladita, aaaaaahhhhhh, fría. Un manjar para la garganta. Y comemos despacito, despacito, des-pa-ci-to.

—Casi todos mis amigos se están yendo. De mis amigos del mundo de la pintura no me queda casi nadie.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—No sé... Hice un juramento... Sí, quisiera viajar, quisiera salir como mismo tú quieres ir a Estados Unidos a ver a tu familia, pero volver, Rogelio, volver. Esto es una mierda al cubo, a la décima potencia, pero no podría vivir fuera de Cuba, aunque esté preso aquí. Tengo que estar aquí, en mi país... Por otro lado, ya el taller me empieza a molestar: es lo mismo, lo mismo, la misma cosa.

—Pero te promocionan...

—Sí, me promocionan, pero es la misma bobería: pasar calcos de Flavio... Las cosas de Flavio están bien, pero de pronto vienen cosas de Eduardo Rubén. No es mala persona, pero... Un arquitecto al que, de repente, le da por ser pintor.

—Antes no eras pintor y ahora sí.

—Me molesta... Son mariconerías mías o cosas de extranjeros. El otro día se apareció una nicaragüense que estuvo en la Primera Bienal, una mujer horrible, horrible en todos los sentidos. Entonces, hizo un gato.

—¿Un gato?

Rogelio se ríe a carcajadas.

—Un gato, un gato negro. Pero estaba mal hecho: no era ni primitivo, ni conceptualista, ni impresionista, ni expresionista, ni pintura infantil, ni comercial. Nada. Y hubo que luchar con eso, preparar los calcos. Nadie le quería meter mano; nadie quería hacer los dibujos para imprimir la mierda aquella, perder tiempo. Por otro lado, el trabajo en el taller tiene sus ventajas. Pero ahora no me interesa. Además, ya no está Aldito, no está Aldo...

—¿Quién dirige el taller?

—Una loca. Isabel, Isabelita, buena hembra. Tal vez si no estuviera en lo del celibato le echara balas. Pero ni eso, ni eso, ni eso...

—¿Y la poesía?

—Tengo un libro ahí. Estoy terminando uno que por ahora se llama *Beso con lengua*. Pero, ¿quién me va a publicar a mí, Rogelio?

—Ahora tienes las puertas abiertas, Nikoleta. ¿Y la UNEAC? ¿Piensas entrar a la UNEAC?

—Estaba esperando el crecimiento... Pero no.

—Ahí tienes a tu amigo, que es el presidente.

—¿Amigo? Je, je, je, je, je, je. Mi amigo soy yo y a veces lo dudo. El único amigo cierto que tengo, aparte de ti, de otros, es el espejo, que

me va señalando lo viejo y deforme que estoy. No tengo hijos, a esta edad. Estoy loco por tener uno.

—Mírame a mí: tengo uno, y cuántos años han pasado desde que se fueron en el 80.

—¿Qué sabes de él?

—Está bien. A punto de entrar a la universidad.

—¿Y la madre?

—Según cuenta en cartas a la familia, el ritmo de allá es muy violento. Aunque existe el cubaneo de la calle Ocho, aquello es muy violento. Hay que trabajar al duro y sin guantes, como si Fidel Castro estuviera allí.

Se aparece el administrador.

—No señores, amigos, no mienten más ese nombre.

Pone dos cervezas más sobre la mesa.

—¿No les gusta la comida, que la veo ahí?

—Es que la estamos disfrutando.

La parte mía en la fuente está dividida por una ración de boniato. La frontera del boniato...

—Buen título ese para una antología: *La frontera del boniato*. Ja, ja, ja.

La frontera del boniato divide el rabo encendido con y sin picante.

—¿Recuerdas la vez que conocimos a un mexicano?

—Que conociste tú.

—En el Gato Tuerto... Fuimos a la casa de una corresponsal costarricense-mexicana y llevamos aquel libro de poemas para que se lo mandara a Cardenal, a Ernesto. Creo que ese tipo nunca mandó nada, de lo contrario estaríamos presos. O Cardenal lo botó. El hecho es que no lo publicó. Hablando de Cardenal, ¿cómo está?

—Está jodío.

—¿Qué crees que debió hacer?

—Es muy difícil para un hombre como él: cura, quería el bien de la humanidad. Nicaragua siempre se ha movido en los extremos: en uno, Somoza, su familia y la soldadesca llena de sangre y odio; en el otro estaba el mito de Sandino, del Ejército Loco, de los Hombres Libres... Ese tipo de cosas.

—Creo que Somoza no debía seguir, pero lo otro tampoco. Se necesitaba de hombres simples, sin grandes historias. Hombres que vendieran flores, hombres que lavaran pantallas...

—¡Tú y yo!

—Claro, tú y yo, Rogelio. Gente simple, gente que no entra en la historia con un tanque o asaltando diez nidos de ametralladora o rompiendo la barrera del sonido: el hombre que vende frijoles, o tu primo, el hombre que hace la frontera del boniato para dividir la comida picante de la no picante en la misma fuente, que administra un lugar de estos y dice: *No mencionen ese nombre aquí*. Esa gente sencilla es la que debería... Pero esa gente sencilla no es perfecta: entonces, que se vayan renovando cada equis años. La democracia, la democracia... Lo que pasa que arriba de esos hombres sencillos está la gente que tiene mucho dinero, gente que se compran una mentira del pasado, un título de condes, de nobles que descienden de no sé qué árbol genealógico. De un árbol no, de una mata de marabú, de la espina, y han hecho fortuna matando, mintiendo, prostituyéndose, robándole el dinero a hombres simples como tú, como tu primo y como yo. De ahí el arte, el sufrimiento, tantas cosas...

—¡Estás filosófico hoy, Nikoleta! Filosófico, filosófico... ¿Sabes con quién hablé el otro día y te mandó recuerdos? Pero, aguántate.

—Ya estoy.

—Aguántate bien, te digo.

—Ya.

—¡Con Miguelito, el Águila! ¡Con el Águila!

—Noooooo, el Bacúa, el blanquito que iba ser condomina mefé del bongó metare.

—Ese mismo.

—El Migue. Hombre entre hombres, guapo de verdad ese muchacho. Buen socio.... Pero cuéntame, cuéntame de Miguelito.

—La familia vive por aquí cerca...

—Junto al cine donde filmaron la película aquella del ICAIC, *Los pájaros tirándole a la escopeta*.

—Esa misma.

Es el lugar donde Nina Menocal cogió el taxi cuando salió de Seguridad del Estado.

—Miguelito llamó para que le diera un recado a la familia. La familia no tiene teléfono. Parece que el tipo andaba envuelto en dólares y me hizo cantidad de cuentos. Me preguntó por ti, le mandó recado a Espino. ¿Te acuerdas de lo bien que cocinaba?

—Me acuerdo.

—Pues tiene un restaurante. Le puso La Funeraria Sabrosa. Aquí te tengo la dirección...

Mete la mano en el bolsillo de su camisa de mezclilla y me extiende un papel con unas indicaciones y un número.

—Escríbele o, si puedes, llámalo.

—Todavía tengo en el closet unos zapatos viejos, carmelitas, tipo americanos, con hebillas doradas, que son una de las hazañas de Miguelito, un robo en casa de unos tipos pedantes.

Miguelito estuvo en el campamento de *hippies*. Ahí conoció a Silvio Rodríguez. Silvio le daba al *efori*, a la manteca, a la yerba, y Miguelito tenía especialidad en conseguirla. Se hicieron grandes amigos y, a partir de ahí, empezó a frecuentarlo. Una vez, cumpliendo instrucciones mías, se paseó como un miembro castigado del grupo de Experimentación Sonora del ICAIC. Su voz ronca se prestaba para eso. Se sabía, además, casi todas las canciones de Silvio, de Pablo, de Nicola... Trabajó en las Minas de Matahambre, y allí no podía regresar aunque se cayera el gobierno: le había robado a uno guajiros de la zona no se sabe qué cantidad de dinero con la promesa de que les compraría caramelos. Todavía están esperando los caramelos: la saliva se les secó esperando.

Terminamos de comer y volvemos a casa de Rogelio. Es la casa de un intelectual: llena de libros. Rogelio me dice que no me prestará ninguno, pero, al final, cerca de las siete de la noche salgo cargado con unos cuantos libros, revistas. Me regala unos y me presta otros. Me dio, además, un cartucho lleno de galletas. Unas galletas cuadradas, duras como piedras, como de mineros, que a mí me encantan. Me acompaña hasta la parada. Conversamos una hora más hasta que llega la guagua. Nos abrazamos.

—Cuídate, Nikoleta, cuídate. Trata de escribirle a Miguelito.

—Salúdame a Felina. Vamos a ver si un día...

ÍNDICE

Tierra a la vista / 11

Cultura para las vacas / 45

Las nubes salen por la puerta trasera / 127

Mejor que Picasso / 235

Encuentros / 361